



PERIÓDICUS

ISSN: 2358-0844

n. 10, v. 1 nov.2018-abr. 2019

p. 317-326.

Los jóvenes de Carlos Correas: la invención de una “comunidad” en el Buenos Aires pre-gay

Jorge Luis Peralta¹

RESUMO: O presente artigo propõe uma leitura da *nouvelle* *Los jóvenes* do escritor argentino Carlos Correas, escrita em 1953, mas que se manteve inédita até 2012. Correas, pioneiro no tratamento da temática homoerótica na narrativa latino-americana, apresenta nesta obra um exemplo da pequena “comunidade” homossexual. Com todas as limitações do caso – incluída a censura sofrida pelo próprio texto – resulta evidente a existência, em Buenos Aires, do meio do século XX, de uma incipiente subcultura de “diferentes sexuais” que faziam um uso estratégico do espaço urbano. Se oferece, então, uma análise da *nouvelle* atento às particularidades históricas do devir “homossexual” na metrópole portenha.

PALAVRAS-CHAVE: literatura argentina; Carlos Correas; homossexualidade; espaço urbano; século XX.

Abstract: This article presents presents a fresh view of the novella “Los jóvenes” (1953) by the Argentinian writer Carlos Correas, unpublished up to 2012. Correas, pioneer in homoerotic themes in the latin american narrative, deals with a example of a small gay “community” in this work. With all the constraints, including censorship to this text, it is evident that, in the Buenos Aires from the middle of the XXth century, there existed an emerging subculture of “sexually diferent” people that made an strategic use of the urban space. We provide, then, an analysis of this novella paying attention to the historical specificities of the “homosexual” life in this metropolitan Buenos Aires.

Keywords: Argentinian Literature; Carlos Correas; Homosexuality; Urban Space; XXst Century.

Resumen: El presente artículo propone una lectura de la *nouvelle* “Los jóvenes” del escritor argentino Carlos Correas, escrita en 1953 pero que se mantuvo inédita hasta 2012. Correas, pionero en el tratamiento de la temática homoerótica en la narrativa latinoamericana, presenta en esta obra un ejemplo de pequeña “comunidad” homosexual. Con todas las limitaciones del caso -incluida la censura sufrida por el propio texto- resulta evidente la existencia, en el Buenos Aires de mediados del siglo XX, de una incipiente subcultura de “diferentes sexuales” que hacían un uso estratégico del espacio urbano. Se ofrece, entonces, un análisis de la *nouvelle* atento a las particularidades históricas del devenir “homossexual” en la metrópoli porteña.

Palabras clave: literatura argentina; Carlos Correas; homossexualidad; espacio urbano; siglo XX.

¹ Professor do Instituto de Investigaciones Literarias y Discursivas (IILyD) - Universidad Nacional de La Pampa, Argentina. Mestre e doutor em Literatura pela Universidad Autónoma de Barcelona, Espanha. E-mail: jlperaltagaitan@gmail.com

Recebido em 24/09/18

Aceito em 01/11/18

En abril de 1984, meses después del retorno de la democracia, diversos grupos de reivindicación de los derechos de las minorías sexuales se unían para fundar la Comunidad Homosexual Argentina (ACEVEDO, 1985), un organismo clave en la historia del activismo en el país, que junto con otras asociaciones surgidas en el curso de las últimas tres décadas, trabajó intensamente a favor de las leyes de Matrimonio Igualitario y de Identidad de Género, aprobadas en 2010 y 2012 respectivamente. La elección del término “comunidad” como nombre de esta asociación marca la diferencia con el grupo que le precedió, el Frente de Liberación Homosexual, creado en 1971 y disuelto como consecuencia del inicio de la dictadura militar en 1976. Un “frente” define, según el *Diccionario de la Real Academia*, la “primera fila de la tropa formada o acampada”, mientras que comunidad alude, según el mismo diccionario, al “conjunto de personas vinculadas por intereses o características comunes”. Significativamente, al cambio de palabras corresponde también otro cambio: el del ardor revolucionario de los setenta por el afán comunitarista de los ochenta, entendiéndose por esto que los homosexuales, además de integrarse entre sí, pretendían una integración social de mayor alcance (JOCKL, 1984), objetivo que las teorías y las prácticas queer comenzarían a cuestionar a partir de finales de la década de 1980. Queda claro, en todo caso, que tras la reapertura democrática, la idea de una “comunidad” homosexual empezaba a articularse cada vez con mayor impulso político. Carlos Jáuregui, referente histórico del activismo, afirmaba en un libro publicado en 1987:

desde hace dos décadas en el mundo, y apenas tres años en Argentina, los homosexuales nos hemos agrupado para defender nuestros derechos, para descubrir nuestra identidad, para aprender a darnos a conocer (JÁUREGUI, 1987, p. 14).

Resultaría problemático, por todo lo apuntado, hablar en términos de una “comunidad homosexual” antes de la década de 1970. Ernesto Meccia (2011, 2016) distinguió tres periodos sociohistóricos en el devenir de la “homosexualidad” en el país: el “homosexual”, “pre-gay” y el “gay”. El periodo “homosexual” se extendería entre finales de la década de 1960 y comienzos de la década de 1980, y se caracterizaría por el hecho de que los homosexuales habrían pertenecido, en ese lapso, a una misma “colectividad de destino”, que Meccia califica de “sufriente”:

La vida vivida sobre todo en secreto y la escasez de alternativas más la fijeza de los lugares de socialización, coadyuvaban para que sintieran que estaban atados a los mismos avatares relacionales y existenciales [...]. Aun cargando con sentimientos sombríos sobre su propio desenvolvimiento social, ese modo de vida dual (conocido y clandestino) tuvo la particularidad de promover en ellos un sentimiento de pertenencia a algo parecido a una raza maldecida a cuyo destino general no podían resistirse los destinos individuales (MECCIA, 2011, p. 105).



La única referencia del sociólogo a los “homosexuales” de los años cuarenta, cincuenta y sesenta, por su parte, postula que se habría tratado de “una sola generación trágicamente dilatada por décadas a causa del silencio” (MECCIA, 2011, p. 103). Sin negar que el “sufrimiento” pudo ser un componente de peso en la existencia de los hombres que se relacionaban con otros hombres antes de la eclosión de los movimientos reivindicativos de los años setenta y ochenta, su caracterización como “colectividad sufriente” admitiría ciertos matices. Diversos testimonios literarios – muchos de ellos en clave autobiográfica – dan cuenta de una gama heterogénea de experiencias relativas al homoerotismo, entre las cuales ocupan un lugar importante los grupos de amigos que se reunían para compartir, muchas veces bajo el signo de la “fiesta”, un universo de intereses y placeres que no podía ser desvelado en sus círculos habituales, familiares o laborales. No estoy sugiriendo, desde luego, que estas reuniones constituyan un indicio de “comunidad” en el sentido tradicional del término. De hecho, las reflexiones contemporáneas sobre la “comunidad” y lo “comunitario” se basan, al decir de Marta Segarra (2012, p. 8), en la heterogeneidad y la distancia antes que en la homogeneidad y la adhesión funcional. Pero incluso siguiendo la noción de “comunidad” como grupo aglutinado por una serie de semejanzas, sería preciso forzar considerablemente los términos para encontrar una tendencia “comunitaria” en las reuniones y fiestas que “invertidos”, “locas” y “chongos”, entre otras tipologías homoeróticas, celebraron en Argentina antes de la emergencia de una “comunidad homosexual” políticamente organizada. Convendrá referirse, necesariamente entre comillas, a una “comunidad” de disidentes sexuales que fueron forjando, de manera progresiva, una red subcultural que facilitara el encuentro y la socialización, en contextos sucesivos de marginación y represión como fueron, entre otros, el primer peronismo (1945-1955), la “Revolución Libertadora” (1955-1958), el “Onganiato” (1966-1970), el segundo peronismo (1974-1976) o el “Proceso de Reorganización Nacional” (1976-1983).

Un ejemplo pionero de pequeña “comunidad” subcultural aparece, a mi juicio, en la *nouvelle* “Los jóvenes” de Carlos Correas, escrita en 1953 pero que permaneció inédita hasta 2012. Esta obra sugiere que durante la década de 1950 la “homosexualidad” no estaba exclusiva o necesariamente asociada a la experiencia del “armario”, la disimulación o la doble vida. Había espacios, como el bar Anchor Inn, donde se desarrolla la acción, que sin ser abiertamente “homosexuales”, pues ese estatus los hubiera expuesto a razzias y a otras formas de persecución policial (SEBRELI, 1997), admitían la presencia de un público “homosexual” o, para ser más exacto, donde los hombres que se relacionaban sexual y/o afectivamente con otros – sin considerarse muchas veces “homosexuales” – podían socializar con cierto margen de libertad. La *nouvelle* de Correas revela entonces la existencia, en el Buenos pre-gay, de una espacialidad heterodoxa donde podían articularse, aun de manera incipiente y precaria, “comunidades” disidentes, ubicadas en los márgenes de la sociabilidad heterosexual y familiarista que



el Estado, la Iglesia y los medios de comunicación promocionaban con denuedo.

Antes de avanzar en el análisis del texto, conviene ofrecer unos breves apuntes sobre la trayectoria del autor, para que se comprenda mejor la singularidad de su propuesta. Carlos Correas fue, hasta hace muy pocos años, una figura marginal en el campo literario argentino. Después de su muerte, ocurrida en el año 2000, se inició un paulatino rescate, tanto editorial como crítico, coronado en 2012 con la realización del documental *Ante la ley. El relato prohibido de Carlos Correas*, dirigido por Emiliano Jelicié y Juan Pablo Klappenbach, que además de trazar un retrato biográfico, reconstruye el proceso judicial que el escritor debió afrontar, en 1959, a causa de la publicación del relato *La narración de la historia*, el primero de temática abiertamente homoerótica publicado en el país. Puede decirse que con esta pieza se inició – y a la vez quedó en suspenso – la carrera literaria de Correas, que amedrentado por el escándalo y las repercusiones judiciales, se retiró del medio durante décadas. Volvió a publicar recién tras el retorno de la democracia, pero no obtuvo reconocimiento; tampoco dio centralidad al tema homosexual en su obra sucesiva, exceptuando la primera de las tres *nouvelles* que componen *Los reportajes de Félix Chaneton*, de 1984, en la que recreó aquella Buenos Aires que su narrativa de los años cincuenta había mostrado de manera tan provocativa que llegó a resultar intolerable para los guardianes de la moral. En cuanto a *Los jóvenes*, *nouvelle* escrita seis años antes que *La narración de la historia*, se sabe que Correas decidió no publicarla y que a finales de los años cincuenta confió el manuscrito a su amigo Bernardo Carey, quien lo conservó y facilitó para su difusión. La edición del texto, con postfacio de dos estudiosos de la obra de Correas, Eduardo Muslip y José Fraguas, fue publicada por la editorial Mansalva en 2012.

Los jóvenes constituye, por su tema y por su estética experimental, una auténtica rareza. Poco tiene en común con otras obras del autor, de un realismo más tradicional, y resulta incomparable, por diversos motivos, con la narrativa coetánea de temática homoerótica de Manuel Mujica Lainez o Renato Pellegrini. Para situar mejor el particular recorte de la topografía porteña que presenta la *nouvelle*, resulta necesario describir brevemente la situación de la “homosexualidad” en el contexto del primer peronismo, como así también las diversas identidades o personalidades homoeróticas del periodo, irreductibles a una caracterización homogénea y coherente. Debe destacarse, en este sentido, que una serie de cambios demográficos, culturales y políticos fueron modificando, desde la década de 1930, la sociabilidad entre varones, y correlativamente, la percepción y auto(percepción) de los sujetos que se involucraban en esa clase de intercambios (BEN, 2009; ACHA, 2014; INSAUSTI, 2016). Un célebre escándalo acaecido en 1942 en el seno del ejército – el llamado *affaire* de los cadetes del Colegio Militar – dio visibilidad inédita a la “homosexualidad”, que a partir de entonces



se convirtió en una preocupación cada vez mayor para el Estado. Con la llegada al poder de Juan Domingo Perón, en 1946, aumentaron las medidas específicas contra sujetos y prácticas homosexuales. Esta represión sistemática – inexistente hasta la fecha – puede valorarse como la respuesta que dio el régimen peronista a formas de sexualidad y sociabilidad que desbordaban su patrón familiarista (GORZA, 2010). Fue en el curso de estos años, precisamente, cuando los “homosexuales” comenzaron a diferenciarse como un grupo aparte, es decir, cuando la noción del “homosexual” como una clase singular de persona se extendió y consolidó, de modo que los “amorales” – tal como se los llamaba – pasaron a constituir la categoría de lo “otro”, indispensable para la afirmación de una sexualidad “central”, hetero y reproductiva. No hubo, sin embargo, “una” identidad homosexual, sino distintas identidades o personalidades articuladas en función de otros tantos factores, entre ellos género, raza, clase social y rol sexual. Así, por ejemplo, la “loca” o “puto” de clase baja o media, se caracterizaba por el afeminamiento y la tendencia al rol pasivo; el “chongo” era el muchacho proletario, hiperbólicamente masculino, que desempeñaba el rol activo en los intercambios sexuales; el “entendido”, por su parte, designaba al homosexual de clase media-alta, viril, culto y refinado. Estas y otras categorías distaban mucho de ser compartimentos estancos o modelos perfectamente delimitables: su fluidez e inestabilidad daban paso, muchas veces, a la transgresión de ciertos rasgos: así, el “chongo” podía, llegado el caso, “darse vuelta” y asumir el rol pasivo, mientras que a la inversa, la “loca” podía ser “activa” e incluso adoptar una actitud dominante en su relación con el “chongo”, al que muchas veces sostenía económicamente.

En términos literarios y culturales, dos modelos de “homosexualidad” (MIRA, 2004) bastante diferentes encontraron eco en la Argentina de los años cincuenta: por un lado, el modelo “homófilo”, que bajo el magisterio de André Gide defendía la “normalidad” del homosexual y su derecho a integrarse en la sociedad; por otro lado, el modelo “malditista”, cuya figura clave, Jean Genet, concebía la homosexualidad como un Mal y celebraba la marginalidad e inadaptabilidad del “homosexual”, opuesto a los caducos valores burgueses. Correas fue uno de los pocos escritores argentinos que abrazó el programa ideológico y estético de Genet; fiel a él, rechazó integrarse al movimiento gay, aunque le diera su apoyo: “si me vienen a pedir una firma, doy la firma. Pero no voy a ir más lejos. No voy a salir a la calle a reivindicar los derechos *gays* porque me quiero reservar ese Mal, con mayúscula, de la homosexualidad” (GONZÁLEZ *et al.*, 1991, p. 17). En entrevistas y en el libro (auto)biográfico *La operación Massota*, de 1991, el escritor describió su “frenética” vida homosexual en el Buenos Aires de los años cincuenta. Cines y bares de dudosa reputación, barrios periféricos, plazas, descampados y estaciones ferroviarias aparecen en esos testimonios como puntos neurálgicos de la constelación del ligue o “yire” callejero porteño, a través de la cual Correas y sus



amigos, todos ellos jóvenes universitarios de clase media, iban en busca de los míticos “chongos” proletarios. *Los jóvenes* recrea, a modo de crónica satírica y adelantándose en varias décadas a la escritura neo/barroca de Néstor Perlongher, la incursión de Correas y sus camaradas en uno de los rincones más *trash* del Buenos Aires de la época: el bar Anchor Inn.

Juan José Sebreli (1997) describió este bar como particularmente propicio a la socialización entre varones, a lo que sin duda contribuía el hecho de estar ubicado en la zona del Bajo, próxima al puerto e históricamente asociada a la marginalidad social y sexual (MALVA, 2011). El texto rehúye, sin embargo, toda convención realista y desbarata a cada paso las posibles relaciones con referentes de la “realidad”. Los extravagantes nombres de los protagonistas – la Lagartija Mamadora, la Flor Podrida, la Letrina Señadora, el Potrillo Ovárico – deforman, al tiempo que revelan, las identidades “verdaderas” a las que remiten. Esta tendencia deformante se extiende al espacio: al margen del nombre propio y de algunos elementos objetivamente “reales”, los contornos exactos del Anchor Inn literario se difuminan, o bien quedan relegados a un segundo plano en beneficio de otros espacios desplegados desde la conciencia de los personajes. Correas recurre en *Los jóvenes* a la técnica del monólogo interior – frecuente en su narrativa – y crea a través de ella una especie de narración paralela. Hay una clara división entre la acción principal u objetiva – el diálogo que mantienen las “locas” – y la acción secundaria o subjetiva – esto es, lo que cada uno de los personajes piensa a medida que se desarrolla la conversación. En los diversos monólogos se articulan espacios imaginarios o fantásticos o puramente discursivos: flujos escriturales que desvelan pensamientos, inquietudes, ansiedades y recuerdos de las “locas” relacionados con la acción principal u objetiva. Ese contrapunto permanente distorsiona la percepción del espacio como entidad homogénea y crea, por el contrario, una compleja multiplicidad.

La *nouvelle* no cuenta, en rigor, una historia; consiste en una suerte de *sketch* en el cual observamos cómo, en el curso de una noche de sábado, las “locas” intentan, sin éxito, encontrar en el Anchor Inn al compañero sexual ideal: el “macho” o “chongo”. Las reducidas expectativas de ligue que verifican constituyen, de hecho, el *leit-motiv* que atraviesa todo el diálogo, en diversas instancias: “– Esto está aburridísimo – dice la Flor Podrida” (CORREAS, 2012, p.15); “Esta noche es perder el tiempo, se dice la Lagartija Mamadora, con tantas garchas tensas que buscan liberarse del pantalón” (CORREAS, 2012, p. 30); “– Esto está aburridísimo – repite la Flor Podrida”. También el narrador alude a la situación: “Una noche jodida. Ninguno se decide; y lo que quieren es posible” (CORREAS, 2012, p. 21). Esta posibilidad está dada, básicamente, por el espacio: en el Anchor Inn se puede seducir y ligar con cierta tranquilidad; no existen, como en otros lugares, obstáculos o barreras



exteriores. Según Alejandro Modarelli y Flavio Rapisardi,

en una ciudad como Buenos Aires, donde era casi imposible abrir locales de encuentro más o menos estables, en los que se aventurasen sin miedo a ser detenidos los homosexuales adultos recién llegados de las provincias, o los jóvenes novatos en busca de experiencias o de información, la construcción de una subcultura debía ante todo intentarse en un límite informe y secreto, entre lo público y lo privado” (RAPISARDI; MODARELLI, 2001, p. 81-82).

Podríamos considerar, entonces, que el Anchor Inn retratado por Correas constituye un híbrido de “armario urbano” en el sentido que propone Michael Brown (2000, p. 78) y de heterotopía según la definición foucaultiana (FOUCAULT, 2010, p. 70): *armario urbano* en tanto espacio secreto dentro de la ciudad que los mismos homosexuales producen y codifican para relacionarse entre sí; *heterotopía* porque invierte los usos y funciones tradicionales del bar, convirtiéndolo en terreno específico de socialización de aquellos que, por regla general, no podían manifestar sus preferencias eróticas en la esfera pública. En otros bares, heterosexuales por defecto – como algunos que aparecen, por ejemplo, en la novela *Asfalto* de Renato Pellegrini, de 1964 – los homosexuales se veían obligados a crear una esfera íntima dentro de la pública; aquí, esos subterfugios no son del todo obligatorios; con cierta discreción, se puede sugerir el interés erótico por otro hombre. Por ejemplo, cuando las miradas de la Lagartija Mamadora hacia “el muchachito de pelo alborotado” se tornan demasiado obvias, la Flor Podrida la reconviene, pero no se priva de mirar ella también con disimulo: “la Lagartija Mamadora mueve sus ojos ahuevados, está enloquecida. [...] –Disimulé un poco – dice la Flor Podrida –, rápidamente, mientras ella también mira de reojo” (CORREAS, 2012, p. 21).

La descripción del *Anchor Inn* con que se abre la *nouvelle* ilustra su carácter heterodoxo, favorable a la expresión del homoerotismo e imprescindible para la articulación de una pequeña comunidad deseante: la que conforman “locas” y “chongos”:

A la una de la mañana el Anchor languidecía. En el mostrador, varios putitos de calzoncillos anatómicos beben Coca-Cola. Junto al piano bailotean torpemente dos ingleses de porongas lechosas. Los farolitos rojos dan la justa luz para ese pequeño quilombo de pajeros. Mesitas alcahuetas y lustraditas, espejos estratégicos para que los putitos se deseen de reojo. En una mesa, alrededor de un podrido olor a pescado, hay una hembra fermentando. En la pared del fondo, una lámina vieja de Elizabeth y Felipe de Edimburgo [...]. Y en el aire, un crepitar bullicioso, una guasca hecha polvo brillante y estrellado (CORREAS, 2012, p. 13-14).

Esta descripción coincide con la de Sebreli (1997, p. 345): “luz roja, espejos, los retratos de la reina Elizabeth y del duque de Edimburgo y un piano donde podían tocar los parroquianos”. Sin embargo,



la re/presentación de Correas va más allá de los atributos físicos del espacio; lo que describe es, más bien, un ambiente: la peculiar conjunción de lugar, iluminación, personajes y acciones realizadas por estos. En ausencia de componentes explícitamente homoeróticos – como sucede en los bares y discotecas gays a través de la decoración o incluso del diseño arquitectónico, si incluyen *dark rooms* o *glory holes* – la *homosexualización* del espacio se establece a partir de las figuras que lo pueblan: los “putitos” y los “ingleses de porongas lechosas” que conjuntamente forman “un pequeño quilombo de pajeros”, o, dicho de otro modo, una pequeña comunidad de varones que se relacionan con otros varones y que encuentra, en espacios como el Anchor, un enclave propicio a sus intereses eróticos.

En *Reflexiones sobre la cuestión gay*, Didier Eribon (1999, p. 41-48) destacó la centralidad del círculo de amigos en la vida de los homosexuales, citando un fragmento de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust en el cual se menciona que algunos homosexuales forman “asociaciones” y se reúnen en cafés. Comenta el crítico:

Esta fotografía literaria puede parecer un poco mustia y retratar una época lejana. Pero, descontando la obligación de ser discretas a la que se sometían [...] las “organizaciones” y las “agrupaciones” de amigos que se reunían en los cafés, y si se exceptúa el vocabulario de Proust y su punto de vista de entomólogo, [...] cabe preguntarse si la estructura de los itinerarios individuales y de los estilos de vida colectivos, tal como él los describe, es en el fondo tan distinta de lo que conocemos (ERIBON, 1999, p. 43).

Salvando las obvias distancias espaciales y temporales, creo que las observaciones de Eribon sobre Proust pueden hacerse extensivas a la *nouvelle* de Correas. En efecto, más allá de su irreverencia lingüística, *Los jóvenes* no hace más que escenificar a un grupo de amigos que encuentran en la metrópoli porteña un lugar donde socializar y ligar. Sebreli (2005, p. 171) –ciertamente uno de los intelectuales a los que retrata Correas en su texto – enfatizó en sus memorias la importancia de la amistad homosexual:

El amigo homosexual viene a sustituir otras formas de sociabilidad, [...] con él se puede hablar sin máscaras ni disimulo, compartir e intercambiar experiencias, observarse a uno mismo en el otro y así afirmar la propia identidad (SEBRELI, 2005, p. 171).

Aunque el diálogo entre las “locas” del *Anchor Inn* revele, además de complicidad, rivalidades y malevolencias varias (propias, por lo demás, del gueto gay hasta nuestros días), acaba resultando más relevante el hecho de la dar cuenta de un espacio “comunitario” para los disidentes sexuales de aquella época. En ese Buenos Aires pre-gay donde uno podía ser detenido por el solo hecho de “parecer” homosexual (MALVA, 2011), fueron indispensables los espacios y las alianzas



subculturales, pues permitieron encontrarse y relacionarse a todos aquellos que no encajaban en el patrón sociosexual impuesto. Las “locas” y los “chongos” del Anchor Inn constituyen, en definitiva, un ejemplo pionero de resistencia grupal a la norma, o dicho de otro modo, de cómo en tiempos de persecución y vigilancia de las sexualidades “otras”, los hombres que se relacionaban con otros hombres se las ingeniaron para encontrarse y dar rienda suelta a su deseo.

Referências

- ACHA, Omar. Crónica sentimental de la Argentina peronista: sexo, inconsciente e ideología, 1945-1955. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2014.
- ACEVEDO, Zelmar. Homosexualidad: Hacia la destrucción de los mitos. Buenos Aires: Ser, 1985.
- BEN, Pablo. Male Sexuality, the Popular Classes and the State: Buenos Aires, 1880-1955. Chicago: University of Chicago, 2009.
- BROWN, Michael. Closet Space. Geographies of Metaphor from the Body to the Globe. London – New York: Routledge, 2010.
- CORREAS, Carlos. La Operación Masotta (cuando la muerte también fracasa). Buenos Aires: Catálogos, 1991.
- CORREAS, Carlos. Los jóvenes y otros cuentos. Buenos Aires: Mansalva, 2012.
- ERIBON, Didier. Reflexiones sobre la cuestión gay. Barcelona: Anagrama, 2001.
- FOUCAULT, Michel. El cuerpo utópico. Las heterotopías. Buenos Aires: Nueva Visión, 2010.
- GONZÁLEZ, Horacio et al. Carlos Correas. Filosofía en la intimidad. El Ojo Mocho. Revista de Crítica Cultural, 7-8, p. 7-44, 1996.
- GORZA, Anabella. ‘Médicos civilizados, sexualidades perversas’: una mirada médica de las identidades de género no convencionales durante el primer peronismo (1946-1955). Trabajos y Comunicaciones, 36, p. 187-202, 2010.
- INSAUSTI, Joaquín. De maricas, travestis y gays. Derivas identitarias en Buenos Aires (1966-1989). Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires, 2016.
- JÁUREGUI, Carlos. La homosexualidad en la Argentina. Buenos Aires: Tarso, 1987.
- JOCKL, Alejandro. Ahora, los gay. Buenos Aires: Pluma, 1984.
- MECCIA, Ernesto. Los últimos homosexuales. Sociología de la homosexualidad y de la gaycidad. Buenos Aires: Gran Aldea, 2011.
- MECCIA, Ernesto. El tiempo no para. Los últimos homosexuales cuentan la historia. Buenos Aires y Santa Fe: EUDEBA y Ediciones UNL, 2016.
- MALVA. Mi recordatorio. Autobiografía de Malva. Buenos Aires: Centro Cultural Rojas, 2011.
- MIRA, Alberto. De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX. Barcelona – Madrid: Egales, 2004.
- RAPISARDI, Flavio; MODARELLI, Alejandro. Fiestas, baños y exilios. Los gays porteños en la última dictadura. Buenos Aires: Sudamericana, 2001.
- SEGARRA, Marta. Comunidades y literatura. In: SEGARRA, Marta. Repensar la comunidad desde la literatura y el género. Barcelona: Icaria, 2012.



SEBRELI, Juan José. Historia secreta de los homosexuales en Buenos Aires. In: SEBRELLI, Juan José. Escritos sobre escritos, ciudades bajo ciudades. Buenos Aires: Sudamericana, 1997.

SEBRELI, Juan José. El tiempo de una vida, Buenos Aires: Sudamericana, 2005.

SÍVORI, Horacio. Locas, chongos y gays. Sociabilidad homosexual masculina durante la década de 1990. Buenos Aires: Antropofagia, 2004.

